

VIII.

A los dos días emprendió su marcha al Interior todo el ejército.

La deserción era espantosa.

La guardia nacional estaba en cuadro.

Las brigadas en su desorden horroroso, exceptuando algunas fuerzas moralizadas al mando del valeroso Porfirio Díaz.

Otras fuerzas que no pertenecían á lo que se llamaba ejército del centro, luego que vieron alejarse las divisiones, comenzaron á defezionar y á desbandarse asesinando á sus jefes y apoderándose de las poblaciones para imponerles préstamos y contribuciones. ¡Todo estaba perdido!

Las derrotas sufridas por el empuje de las armas francesas, no habían causado tanto mal como la orden de retirada.

No hay ejército en el mundo que tenga moral para este movimiento.

Napoleón mismo ha llegado con la tercera parte de su gente en la retirada de Rusia.

Nuestros generales, cubiertos aún con el polvo de Puebla y orgullosos con su heroicidad, se afanaban por darle á aquellas turbas alguna organización, lo cual no era imposible.

El gobierno iba en retirada; mientras él existiera se conservaba el pensamiento y la unidad; era necesario salvarse á todo trance.

El presidente Juárez sabía prácticamente cuánto vale esta verdad, porque tres años antes, atravesando por grandes peligros, estando en el lugar de la ejecución, ó ya amagado por los puñales asesinos, había logrado situarse en Veracruz desde donde dirigió la revolución hasta el triunfo definitivo de 1861.

El personal del gobierno decía al mundo y á la Europa complicada en el atentado intervencionista, que la nación existía en su forma republicana, y que la bandera permanecía en el robusto brazo del defensor de sus liberales.

El ejército se situó en San Juan del Río y allí esperó el movimiento de los invasores.

El gobierno tomó asiento en el palacio de San Luis Potosí.

IX.

El coronel Eduardo había recibido orden de permanecer en Toluca hasta la llegada de los franceses; avanzó hasta Lerma y sus guerrillas se extendieron en el camino de las Cruces.

Los capitanes Martínez y Quiñones eran el todo del regimiento, conservaban intacta su moral, y tenían deseos de entrar en lucha con aquellos soldados á quienes habían rechazado cien veces en el glorioso sitio de Zaragoza.

La sección intervencionista que había escaramuceado con el ejército en su retirada, se había concentrado en la capital.

El camino continuaba lleno de familias emigradas.

En el portalito de Jajalpa estaba el capitán con una pequeña escolta; se ocupaba en pedir noticias de México, todas eran contradictorias y exageradas, no podía creerse nada.

Un pasajero le entregó á Martínez unos periódicos.

El capitán los llevó inmediatamente al coronel Eduardo.

Después de haber leído algunos números, encontróse con un párrafo terrible.

—¡Maldición! exclamó arrojando el periódico, ya lo esperaba, ese hombre es un imprudente, yo tengo la culpa, yo nada más.

El capitán no se atrevió á aventurar una palabra.

—Vea usted esa infamia, capitán; no, imposible, es necesario morir en lucha, la afrenta!.....el aprobio!.....

Martínez levantó el diario y leyó en voz baja:

“Ayer la policía ha aprehendido á un correo del enemigo, llamado Estanislado Luna, el cual ha sufrido la pena de doscientos azotes á que lo condenó la autoridad francesa.”

—¡Diablo! murmuró el capitán, esta si es una verdadera carambola.

CAPITULO SEPTIMO.

LA GRAN TENOXITLÁN

I

La ciudad de los palacios y los jardines flotantes, la beladad del Septentrión, la señora del Continente, en cuya cabeza virginal lucen las estrellas más fulgurosas de la Zona Tórrida, la antigua emperatriz del Anáhuac, la joven republicana que ayer depositaba un beso filial en la venerable frente del anciano de Dolores, hoy se viste con todas sus galas como la esclava de un harem, para recibir á su señor.

Flores, coronas, cortinas, banderas y estandartes de todas las naciones, especialmente mexicanos y franceses, arcos

de triunfo, palmas, inscripciones, salvas; más de cien mil curiosos agrupados en las torres y bóvedas de las iglesias, en las azoteas, balcones, recodos, molduras y puertas de las casas, en aceras de las calles, en los atrios y plazas, presenciando la entrada y el desfile del ejército aliado!

Jamás se había visto una pompa de orden suprema más lujosa y concurrida.

¡Miserable y raquíica gloria humana!

Ese ejército orgulloso y lleno de laureles, saldría á los tres años sin encontrar más arcos triunfales que los de la vergüenza y el ridículo, marcharía cabizbajo por las mismas calles, al son del látigo de la raza anglo-sajona y del anatema del mundo civilizado.

II.

Desde muy temprano el vecindario comenzó á engalar de cortinas sus balcones y ventanas, en un número considerable de casas aun de las excéntricas, y casi en todas aquellas situadas en la carrera señalada de antemano al ejército, debiendo éste venir por la garita de San Lázaro, calle de Las Maravillas, Plazuela de la Santísima, Hospicio de San Nicolás, atravesando la ciudad en línea recta hasta S. Diego, y entrando á la calle de Corpus-Christi en dirección á la Plaza de Armas.

Desde la garita de San Lázaro donde habían acampado cuatro días antes los cazadores de Vincenes, hasta el Palacio Nacional, formaron valla diversos batallones franceses, para venirse agregando á la columna á medida que ésta avanzaba.

Los pabellones francés y mexicano, estaban enarbolados en el palacio, la Diputación y demás edificios públicos, viéndose en todos ellos, el segundo á la derecha del primero, así lo había ordenado el comandante militar de la plaza.

Dos arcos triunfales había en las calles de Plateros y Sn. Francisco, figurando el primero, situado en el Portal de Mercaderes, construcción de mampostería, rematada con un vistoso trofeo de armas, y mostrando en su parte maciza, entre orlas de laurel, los nombres del Comandante en jefe de la expedición, del señor de Saligny y de los principales jefes franceses, del lado que veía al Poniente [esto era algo significativo,) y por el opuesto los nombres de Almonte y otros que la historia no ha olvidado.

En las columnas de este arco, por el frente y la espalda, había inscripciones y poesías encomiásticas al emperador de los franceses, al ejército aliado y á los jefes mexicanos.

El arco de la calle de San Francisco estaba formado de verdura, flores y pinturas alegóricas, y tenía al frente los retratos de Eugenia y Napoleón III.

Todas estas calles presentaban el aspecto de un bosque de banderas, con que jugaba el ambiente de una de las mañanas más despejadas y hermosas de nuestro estío.

III.

Había un edificio en una de las calles del tránsito de la procesión cívica que llamaba la atención por su compostura.

El lector no necesita que le digamos á quien pertenecía la casa en cuestión, bástale saber la manera con que estaba adornada.

En cada uno de los tres balcones de la fachada, una faja de lustrina correspondiente al color de la bandera francesa, como las bandillas de una parroquia.

En cada de estas fajas la respectiva corona de laurel, llevando en el centro unas MM VV entrelazadas que nadie pudo descifrar, cuando la explicación es demasiado clara.

Las cortinas habían servido para celebrar la declaración Dogmática de la Virgen, y aquellas letras se referían á María Santísima.

Más tarde el diplomático, que entre paréntesis era el dueño de la casa, afirmó que había sido intencional el pensamiento de ese adorno, porque él ya sabía que Maximiliano aceptaba el trono de México.

En el centro, y parte alta de los balcones, las banderitas cruzadas, como las que colocan en la fachada de los circos olímpicos mexicanos.

De los balcones salían dos morillos que se prolongaban una vara, sosteniendo seis faroles anunciando la nocturna iluminación.

Sobre la corniza de los balcones, y abarcando toda su extensión estaba escrito un dístico con letras azules en fondo amarillo: el verso parecía de la misma pluma que había trazado los de los arcos triunfales.

Para llamar la atención, dos manos negras apuntaban aquella rapsodia, como en los carteles de los remates.

Para terminar con la descripción del ornato, diremos que sobre las tres canales de piedra que estaban repartidas simé-

tricamente, habían colocado *cajetes* con palo de ocote, que debían figurar piras una vez encendidas, pero que á la luz del día estaban en caricatura.

—Qué tal? decía el señor de Fajardo á su esposa, que llevaba un túnico color de naranja con blondas azules y en su tocado la borla del espadín.

—Señor mío, usted debía haberse vestido de diplomático y no confundirse hoy con el paisanaje, gritó Doña Canuta, abanicándose terriblemente.

—Hija mía, el sastre de *aquí abajo* no concluyó de arreglarme el uniforme, á tí te consta que he engordado y necesitaba sisar la casaca.

—Es cierto, estos sastres mexicanos son abominables, le he dado el *peso* adelantado y este es motivo de su dilación.

—Calla! dijo por lo bajo el diplomático, me voy á desconceptuar si saben que me viste un sastre de tercer orden.

—Bien; pero yo ño en que no volverás á presentarte de una manera tan inconveniente.

—Señora, dijo Don Serafín, acercándose á la señora de Fajardo, está usted encantadora.

—El diplomático se frotó las manos con satisfacción.

—Ese color, prosiguió el chisgaravis, es de muy buen gusto, estoy plenamente seguro de no encontrar otro parecido.

—Hoy está usted coqueto, no le creo sus lisonjas, aunque ya varias personas me han manifestado igual opinión.

—Siento haber llegado tan tarde, pero me ratifico; ese traje es de un gusto exquisito, está usted deslumbradora, parece que Luz es hermana menor de usted.

—El diplomático infló los carrillos y se dió de golpecitos en el vientre.

—Véala usted, continuó, está marchita, parece una flor arrancada de un ramo, su vestido negro, su color pálido, sus ojeras muy pronunciadas, cualesquiera diría que sufre algo.

—No tiene derecho á sufrir, ni á llevar luto, porque no hay joven en todo México que tenga las satisfacciones que ella. Se la ama, se la mimas, se la consiente, y lo que es más, tiene unos padres que.....que.....

—La honra, añadió Don Serafín.

El diplomático se compuso la peineta de su pelucón.

—No deseamos, prosiguió Doña Canuta, sino su bienestar, y creo que lo conseguiremos. ¡Luz! ¡niña! ven por aquí; no me oye, esa Julia absorbe toda su atención, es una buena amiga, le tengo encargado que la distraiga.

El diplomático se paseaba con gravedad meditando su plan de ataque á los fondos públicos.

Ese día su vestido era rigurosamente negro, excepto la corbata y los guantes, que los calzaba blancos.

La corbata daba tres vueltas y media por su cuello como la serpiente de Laoconte, y remataba en lo que llamamos *nu-do ciego*.

Sus guantes eran probablemente de la Z, porque le sobraba mucha cabritilla.

En cambio, su frac estaba en conjunción.

Dos faldones como aletas de pescado, con unos botones de un diámetro muy regular, una solapa y un cuello tan armados, como si estuvieran forrados de cartón; y unos pantalones anchos y zancones que dejaban ver el cañón de la bota.

Doña Canuta le había peinado el casquete, perfumándolo con *macasar*, lo que tenía histérico al infeliz diplomático, que juraba en su interior lavar lo luego que concluyese lo solemnidad.

IV

Luz estaba triste, muy triste: la suerte de Estanislao Luna la tenía pesarosa, había mandado recoger al infeliz asistente y héchole curar con esmero, para compensar en algo sus sufrimientos.

La carta de Eduardo se había quedado en la Comisaría francesa, así es que se ignoraba la suerte de su amante, á lo que se agregaba la falta absoluta de correspondencia.

—No creas, decía Clara, el coronel no está muy lejos de aquí, los periódicos hablan de la salida del ejército para el interior, y sería mucha casualidad que él solo se hubiera quedado en Toluca.

—No he visto en los periódicos, respondió Luz, que se haya movido el regimiento de Eduardo.

Los franceses deben ocupar esa ciudad y temo mucho por su vida, está desesperado y yo tiemblo al considerar su situación.

—Muy divertidas están ustedes, dijo Don Serafín arrimando su sillón al confidente donde estaban las dos amigas.

—Sí, muy divertidas, respondió Clara.

—Supongo, replicó Don Serafín, que ya habrán olvidado la escena desagradable del bandido.

—Precisamente, dijo Luz, nos ocupábamos de ese infeliz á quien impiamente castigaron.

—¡Pis! respondió Don Serafín, pero no es nada, debía ahorcarlo, para que otro día no se prestara á los infames manejos de los demagogos.

—Tiene usted un bello corazón, dijo Luz visiblemente molesta.

—Siento disgustar á ustedes, pero yo, dijo picándola á gracioso, no los considero ni como prójimos.

—Caballero, respondió Luz, los desgraciados son dignos al menos de compasión, y es indigno el burlarse del infortunio.

—Don Serafín, que creyó haber dicho una agudeza, se quedó cortado y apenas balbuceó algunas excusas.

—¿No han visto ustedes los arcos? preguntó para salir de su situación tan pesada.

—No, respondió Clara secamente.

—Permítanme ustedes, Señoritas, no cabe comparación, nuestros soldados son horriblemente feos, y los franceses no son malas figuras.

—Como no se trata de elegir novio, respondió Clara, sino de hombres que se sepan batir, la belleza nos es indiferente; además, que una madre quiere más á su hijo feo, que al del vecino, aunque sea un Adonis.

—Tengo la desgracia, dijo Don Serafín, de caerles á ustedes muy pesado, desgracia que lamento con el corazón.

Clara y Luz no contestaron.

—Decía, continuó el mentecato joven, que yo ¿le soy eminentemente fastidioso, ¿no es verdad?

Las amigas permanecieron en silencio.

—Esto es más que horrible, si he dado lugar á ello, yo les pido mil perdones.

Clara y Luz seguían mudas.

—Es un desaire el que se me corre, y lo siento, por que estoy en la casa de usted.

Don Serafín tenía razón por la primera vez en su vida.

Luz comprendió lo mal que hacía, y se apresuró á contestar á Don Serafín que se había levantado para retirarse:

—Venga usted á mi lado, usted no me comprende aún, no sé odiar y me resiento al oír palabras de venganza; sin querer me formo mala opinión de quien vé con desdén la existencia de un hombre.

—Es cierto dijo avergonzado Don Serafín.

Luz continuó:

—El hombre infeliz á quien han castigado de una manera tan horrible, fué aprehendido en mi casa, usted comprende lo doloroso que me será este acontecimiento.

—Tiene usted razón, señorita, volvió á decir Don Serafín, yo no había reflexionado, perdóneme usted.

—Yo me congratulo, respondió, de que esta oportunidad me haya hecho conocer á usted, su corazón es bueno, y no ha sentido jamás lo que sus labios han expresado.

—Yo me arrepiento señorita, replicó anonadado Don Serafín.

La influencia de aquella alma de ángel, lo tenía influenciado visiblemente.

El desdichado comprendió que aquella mujer nunca podría amarlo, el magnetismo de la superioridad se ejercía en él de una manera poderosa.

Con la frente humillada, los ojos bajos, y en la más triste de las actitudes, permanecía en silencio Don Serafín.

—Amigo mío, dijo Luz, estreche usted mi mano, soy su buena amiga.

Don Serafín llevó á sus labios con respeto aquella mano.

—Doña Canuta que observaba á su discípulo, dijo para sí:

—¡Bravo! la conquista está consumada, ¡hoy 10 de Junio de 1863, día de la entrada del ejército vencedor!

—Veamos lo que pasa en la calle, dijo Clara levantándose, y los tres se dirigieron al balcón.

V.

Ya hemos dicho que la calle se hallaba primorosamente adornada.

Frente á los balcones de la familia Fajardo, había un grupo de *dandies*, desesperados de que tardase tanto la procesión.

—Esto es abominable, decía un joven barbilampiño, hace tres años que aguardamos á los franceses y esta es la hora que no parecen.

—Querido, tengamos calma, estarán visitando el hospital de San Lázaro; estarán haciendo observaciones sobre la inconveniencia de los lisiados.

—A propósito de lazarinos, observó otro de bigote retorcido, esa respetable señora de vestido color de naranja, tiene una nariz que amenaza ruina.

—Ya lo creo, Enrique, dijo el otro es una beldad del siglo XV.

—La borla del peinado es admirable añadió Enrique, es un arreo militar, seguramente se lo ofrecerá al general Forey.

—La compostura es magnífica, tiras de lustrina, tiene mucho *chic*, y el dístico es obra de un Homero intervencionista: quien alcance á leerlo, que lo haga en voz alta.

El barbilampiño leyó con voz de mofa el dístico:

“Para llorar al país de la desgracia
El remedio lo da la diplomacia.”

—¡Bravo! dijo el de los bigotes retorcidos, este es un dístico que debe ponerse en letras de oro: pero señores el dístico se ha vuelto hombre, se ha obrado una metamorfosis, ved ahí un individuo disparatado.

Los compañeros volvieron la cara hacia el señor Fajardo que se asomaba al balcón colocándose á la derecha de su adorada esposa.

—Es increíble, observó el lampiño, que existan todavía unos cuellos que llevaba el virrey Venegas.

—Y ese frac repuso Enrique, se lo traería el general Almonte como una curiosidad mosaica. ¡Dios mío! no había observado que ese sujeto lleva una peluca de *cuero de becerro* y una peineta.

Todas las personas que hallaban cerca del corrillo levantaron la vista al balcón y comenzó una jácara espantosa.

—¡Voto al chápiro! exclamó Enrique, allí hay una muchacha encantadora, sublime, admirable!

Las miradas se fijaron en Luz que estaba deslumbradora.

Su rostro de marfil se destacaba como un busto de Diana entre las blondas negras de su vestido.

Clara y Luz que observaban la sensación que producían se sonrieron.

—¡Que dentadura, canario! qué labios! ¡ah! de las abejas! gritó el de los bigotes.

—Estas chicas, dijo uno de los *dandies*, no deben ser hijas de esos monstruos, eso pasaría por un contrasentido, se necesitaría otra intervención para sacarlas de ese jaula de fieras.

VI.

En el balcón contiguo, había un grupo de jóvenes arrogantes á quienes galanteaban empleados de la administración reaccionaria.

—La vecina de usted, decía uno, está de riguroso luto, tendrá sus motivos.

—Tal vez, dijo una muchacha, los tiempos son calamitosos, ¿no es verdad, Julia?

—Y muy calamitosos, respondió la joven interrogada.

—Es bellísima la vecinita, me gusta más de lo regular.

—Caballero, está muy cerca, puede usted hacerle su declaración.

—No es para tanto; pero la muchacha es guapa.

—Y no le gusta á usted, respondió Julia amoscada, un coronel Eduardo Fernández?

—Los hombres, señorita, jamás han sido de mi gusto, y menos un coronel que debe tener unos mostachos muy grandes.

—Y una espada muy ceñida, añadió Julia.

—En cuanto á eso estoy curado de espanto.

—La respuesta es muy galante, caballero.

Desde luego se comprenderá que Julia era novia del empleado y se sentía humillada con los elogios exajerados tributados á su vecina.

Las mujeres no toleran antagonismos.

—Esa familia, dijo otra de las jóvenes, es muy apreciable, sobre todo la señora Doña Canuta.

—¿Y se permite esa señora llamarse Doña Canuta?

—Es un nombre, dijo Julia, muy á propósito para esa fisonomía; la del señor Fajardo no es mala, sobre todo, su peineta que es de muy buen Carey.

—Ahí está el maldiciente de Enrique, dijo Julia señalando al joven de los bigotes.

—Supongo, replicó el empleado, que es usted amiga de ese señor.

—Precisamente amiga, no conocida, me divierte con su mordacidad, tiene lengua de escorpión.

—¿Le hace á usted gracia?

—Me lo pregunta usted con un tono, que me causa temores muy serios.

El empleado se mordió los labios con desesperación.

El joven Enrique levantó instintamente la vista y se apercibió de lo que pasaba.

Entonces se puso á dar bromas al novio saludando con el pañuelo á Julia, haciéndoles señas que Julia no comprendía.

VII.

El empleado se salió á la calle y se encontró frente á frente del que creyó su rival.

—Caballero, me dará usted una satisfacción.

—¿Satisfacción porque entra hoy el ejército francés? pídale usted al gobierno.

—No se trata de bromas.

—¿Y le parece á usted broma un asunto tan serio?

—Basta de burlas, espero que nombre su padrino.

—Le tengo, respondió Enrique.

—Diga usted quién es, caballero, para entenderme con él, y dónde vive.

—Caballero, puesto que lo exige, dirijase usted al cura del Sagrario que es mi padrino de pila.

En este momento un chiquillo que estaba en el balcón de la casa á cuya puerta pasaba esta escena, dejó caer una bandeja con ramos de flores destinados al vencedor.

La fatalidad había señalado como víctima al infeliz empleado.

La bandeja cayó à plomo en el sombrero del novio y lo hundió hasta el remate de la cara.

Las señoras de los balcones reían estrepitosamente, los muchachos silbaban, y el pobre empleado pugnaba por zafarse el sombrero que lo había dejado en tinieblas.

Una oleada de gente arrastró en su paso al valeroso novio; y cuando pudo ver la luz, su contendiente había desaparecido y él se encontraba á veinte varas del sitio de la reyerta.

Pobre Francisquito, dijo Julia, es tan animoso que un día voy á tener una pesadumbre.

Mientras pasaba esta graciosísima escena, un hombre embozado en un *jorongo* del Saltillo y con sombrero galoneado, se paraba en el zaguán del frente de la casa de los Fajardo.

VIII.

Estos franceses no son ingleses, dijo Doña Canuta, hace dos horas largas que esperamos y aun no parecen.

— Querida esposa, el general Forey es hombre diplomático, está esperando que el pueblo acabe de llegar para ostentarse al frente de su ejército con más pompa.

— Maldita sea esa pompa que nos tiene hechos unos papamoscas.

— Tengo deseo de ver á mi amigo Mr. de Saligny, lo he dejado de ver desde la última vez.

— Yo creía dijo la de Fajardo, que desde la penúltima.

— Es malo, replicó con énfasis el señor Fajardo, que lo tengan á uno por hombre sabio un *lapsus lingua*; se reputa por un desatino.

— Ya la gente se mueve, la hora ha llegado, el ejército se presenta á las puertas de la ciudad: Fajardo, nuestros sueños se realizan, lo que creíamos tan difícil era lo más sencillo.

— La diplomacia, la diplomacia respondió el hombre de Estado, Napoleón III vale veinte veces más que su tío.

— No es extraño, los muchachos son siempre más vivos que sus padres.

— Para este Bonaparte no hay Wellington; por el contrario, este César dará mil Waterloos á la Europa.

— Así sea, señor mío, porque de romperse el hilo, naufragamos para siempre.



IX

Daban las diez y cuarto, cuando se oyó por el rumbo de San Lázaro, la detonación de las piezas de artillería anunciando la llegada del Comandante en jefe de la Expedición, quien según el programa expedido por la Junta Directiva de la festividad, debió allí ser recibido por el jefe político y los empleados, dirigiéndole una arenga y poniéndole en posesión de la Capital en calidad de *amigo y aliado*.

La guardia de honor la daba el Cuerpo de inválidos.

Ya hemos dicho que un gentío inmenso llenaba las calles, y en toda su extensión la Plaza de Armas, los Portales de las Flores, Diputación y Mercaderes y el atrio de Catedral, cuando presedida por salvas y vítores, apareció la descubierta del ejército.

El asesino de Tacubaya, manchado aun con la sangre de Valle y Ocampo, llevando sobre su existencia el anatema del mundo entero, venía al frente de unos miserables batallones mal vestidos y peor armados, que sufrían el desprecio más profundo y la burla más sarcástica de los invasores.

Tras este grupo de harapientos soldados, apareció la arrogante caballería francesa, formando la descubierta en pequeñas secciones y algunos trozos de infantería.

El movimiento impreso repentinamente á la masa de espectadores, indicó la aproximación del general Forey, en jefe del ejército expedicionario.

Forey es un hombre que no pasa de setenta años.

La inclinación de su cabeza ya cubierta con el hielo de la vejez, anuncia que pronto entrará en la decrepitud.

Forey es cargado de hombros y conserva la robustez de su constitución; su fisonomía es muy poco francesa, más bien parece irlandés. Los ojos azules, la mandíbula inferior muy pronunciada, el color rojo como el de un flamenco, lleva bigote entrecano, y ya en todo su semblante se notan esos caracteres del rostro de una vieja.

A su edad, ya los arreos del soldado comienzan á caricaturarse.

El General Forey venía à caballo, trayendo á su derecha al General Almonte.

Aunque este personaje es muy conocido, estas páginas pueden llegar á manos de personas que no hayan visto al célebre pro-hombre de la monarquía.

Almonte es de un personal simpático, sus maneras son ex-

quisitas y finas, cuida mucho de su persona, lleva levita negra abotonada, bota de charol, su corbata y cuellos siempre á la última moda. Tiene un especial cuidado de sus manos, y sus uñas son largas y pulimentadas como las de una águila.

Almonte tiene el tipo azteca, los pómulos muy pronunciados, la frente algo deprimida, los ojos vivos y la mirada atrevida y dominante sin pretensión; su dentadura es muy buena y todo él presenta un conjunto que simpatiza.

Algunas arrugas comienzan á aparecer en sus mejillas.

Almonte es un hombre de instrucción aunque de poca capacidad.

Ese día llevaba uniforme de general.

El hombre perdía un noventa y nueve por ciento de su representación.

Aquellos galones lo ponían en el patíbulo del ridículo, en la picota de la evidencia.

A la izquierda de Forey venía el célebre Mr. Saligny.

Este gracioso personaje, tiene una fisonomía rara; ha enalvecido por secciones, y su cabeza presenta, por falta desigual del cabello, el aspecto de un tablero de damas.

Tiene la frente del gato, un ojo cerrado y otro á medio cerrar, su nariz es igual al pico de un tecolote; su boca demasiado grande; su calveza aplastada y deforme, y una barba rala y de color indefinido. Su cuello es corto y su cuerpo mal forjado. Usa vestidos de la moda pasada: un sombrero de parasol, pialeras, lente incrustado entre la órbita y la ternilla, y habla sin que se le entienda la tercera parte de su conversación.

La maledicencia pública le acusa de ébrio consuetudinario. Esto proviene de haberse excedido en el uso de los licores embriagantes el ministro de S. M. I., Napoleón III, y haberse presentado de una manera inconveniente en el paseo de Todos Santos.

X.

Los tres personajes desmontaron frente á la puerta principal de la iglesia Metropolitana, y fueron recibidos con pábulo, cruz y ciriales, por el venerable cabildo eclesiástico, que seguido de todo el clero, se adelantó hasta las gradas del atrio.

Saludó el General Forey á aquella falange clerical, y entró á la Catedral Almonte y Saligny bajo el pábulo.

Este cuadro ridículo, provocó la hilaridad de las mismas sotanas y del pueblo.

¡Mr. de Saligny bajo el pábulo!

¡Almonte entre cristales!

Los tres tomaron asiento en el dosel dispuesto cerca del presbiterio, á la derecha del altar mayor.

El primero y más grandioso de nuestros templos estaba profusamente iluminado.

Multitud de personas poblaban los lados del presbiterio, y la crucía, y el coro, y los altares contiguos, y las espaciosas naves, en que formaban valla de antemano soldados franceses, con sus oficiales y bandas respectivas.

Puestos bajo el dosel Forey, Almonte y Saligny, los jefes y oficiales de Estado Mayor del primero, se colocaron en los asientos que les estaban asignados, y comenzó el Te Deum á toda orquesta.

Nunca se han oído las preces religiosas con más indiferencia: todos conversaban en voz alta, y los personajes del dosel se creían en un palco de la ópera, recorriendo con miradas protectoras aquella multitud de curiosos.

XI.

Enrique y sus compañeros acudieron á Catedral para conocer bien al general Forey.

—Mira, dijo Enrique á su compañero, ese viejo me parece un zorro de primera fuerza.

—Sí, respondió el otro, tiene trazas de camastrón.

Enrique observó que Mr. de Saligny estaba extrañando las vinajeras.

—Ya se desquitará, dijo otro amigo, esta noche duerme bajo la mesa del hotel.

—Hay quien asegure, dijo Enrique que Napoleón lo ha enviado á México para que se corrija.

—Por eso respondió el lampiño, se vino con todos sus elementos, ayer he visto descargar tres toneles de cognac en la legación. Y Almonte, ¿que hace bajo el dosel?

—Cállate, dijo Enrique, los hijos de la Iglesia tienen sus privilegios, estudia el Derecho Canónico. *Si quis suadente Diávolo.*

—Se ha portado el clero, dijo una vieja, que estaba próxima á los calaveras, esto me representa la entrada del señor Iturbide.

—Esa es historia antigua, señora, respondió Enrique.

—Qué saben ustedes de reyes, replicó la vieja.

—Este señor *Forrel*, dijo otra vieja, se parece al Venadito.

—Forey, señora, exclamó Enrique.

—Caballerito, no se latín, respondió la anciana.

XII.

El Te Deum había terminado.

Los franceses son los cómicos del mundo, y en materia de farsas, nadie les va en zaga. Para ellos el mundo es gran teatro, ellos siempre están representando. Un francés jamás dice lo que siente, siempre tiene que hablar su papel.

La voz dramática de los oficiales se dejó oír, los clarines tocaron marcha, y la tropa se arrodilló y rindió las armas ante el Dios de los ejércitos.

Tres años después, en su vergonzosa retirada no le dijeron ni *adiós* á ese Dios de los ejércitos que saludaron al ocupar la capital de la república.

El triunvirato después de despedirse de ese venerable clero que hoy vaga entre la multitud anonadado y sin distintivos, se dirigió al palacio nacional.

Volvieron á sonar las campanas que habían repicado á vuelo en todas las Iglesias desde que apareció el ejército por San Lázaro, no suspendiéndose el repique sino durante el Te Deum.

Sigió inmediatamente el desfile de las tropas francesas, que llamaban la atención por lo nuevo de sus trajes y lo arrogante de su marcha.

La junta directiva les había preparado listones, flores, coronas y versos que fueron arrojados en su tránsito.

En el momento en que el general Forey pasaba frente á la casa de los Fajardo y sus oficiales de Estado Mayor, fijaron la vista en la hermosura deslumbradora de las jóvenes amigas.

En aquellos momentos el individuo que hacía dos horas se había situado en el zaguán de enfrente, volvió también la mirada al balcón, descubriendo completamente el rostro, alterado visiblemente por la cólera.

Una casualidad hizo que Luz se fijase en él.

La joven palideció, y dando un agudo grito cayó desmayada sin que Clara pudiese impedirlo por la violencia del acceso.

XIII.

Desde aquel memorable día, quedó entronizado el poder de Napoleón III en la patria de Guautimotzín.

El procónsul francés se imponía con el primer ejército del mundo.

Al subir al escaño de la conquista ese microscópico Hernán Cortés del siglo XIX, declaró solemnemente: "Que la cuestión de las armas había terminado."

A los cuatro años, el mariscal Bazaine respondía desde Orizaba á esa declaración arrogante del jefe de la expedición francesa.

CAPITULO OCTAVO.

UN ALOJADO

I.

La señora de Fajardo no pudo comprender el motivo de la emoción de su hija, en todo pensaba menos en la verdadera causa.

El diplomático estaba contentísimo, sus ilusiones, como él decía, estaban realizadas, y sólo faltaba que sus ambiciones quedaran satisfechas.

El Ayuntamiento comenzó á emitir boletas de alojamiento, esa contribución forzosa impuesta por los invasores, como el primer síntoma de su política de opresión.

El entusiasmo de los intervencionistas rayaba en locura, todos se soñaban en la corte de Francia y en las intrigas de Versalles, sin sospechar que pudiera sucederles algo, como en la célebre comedia de *Llueven bofetones*.

—Yo necesito, señor de Fajardo, decía la rubicunda de Doña Canuta, que se proporcione un alojado, lo necesito de toda necesidad.

Bien, reflexionó el diplomático, por algo se empieza: de esa manera me pondré en contacto con el ejército intervencionista, tendré acceso á sus tertulias, y mi genio diplomático me abrirá las puertas del porvenir.

—Yo no quiero esperar un día más, porque nos tocará lo peor del ejército; necesitamos unos generales ó cuando menos coroneles, de ese grado no rebajo un ápice. En la casa hay bastantes piezas, y si no los alojaría en la nuestra.

—Después que la hayamos desocupado, dijo el diplomático.

—Se entiende, respondió Doña Canuta. Yo prepararé un alojamiento de rey. A tus oficiales los pondré al servicio de nuestros huéspedes, aunque ese hombre Manuel Estrada á quien le falta un miembro en la boca, me parece altamente conducente.